

CAPÍTULO I

Mauricio llevaba un año escaso ejerciendo la odontología en la clínica dental Torralba, del doctor Robartes, cuando se encontró, precisamente en un pasillo de la clínica dental, a un antiguo condiscípulo a quien no había vuelto a ver desde los años escolares.

—¡Greis!

—¡Fontán! ¡Qué sorpresa!

Se abrazaron efusivamente y se separaron riendo.

—Vaya, vaya, dijo Fontán, de modo que al final te has hecho dentista.

—Pues sí, ya ves. Y a ti, ¿qué te trae por un lugar tan poco recomendable?

—Vengo desde hace años, pero no sabía que trabajabas aquí. ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Estás casado? ¿Tienes novia? ¿Te has vuelto gay como todo el mundo?

—Nada de nada.

—Yo tampoco, dijo Fontán.

Los dos se quedaron en silencio, algo azorados: habían iniciado la conversación con efusividad y no sabían cómo seguir. La última vez que se habían visto eran dos niños y ahora presentaban un aspecto de gran seriedad. Mauricio se sentía incómodo hablando con un compa-

11

ñero de colegio vestido con bata blanca y en un lugar que olía a antiséptico mentolado. Se abrió una puerta y una enfermera dijo:

—Doctor, le llaman al teléfono. Es la señora Villamil.

—Ahora mismo me pongo.

—Bueno, tú tienes trabajo y yo he de irme, dijo Fontán. Me he alegrado mucho de verte.

—Yo también.

—Sí, claro, pero yo lo digo en serio, dijo Fontán.

Había un leve matiz de melancolía en la voz. Añadió: Al dejar el colegio también dejaste de ver a los amigos, de un día para otro, sin más ni más. Vivíamos cerca, no había motivo para distanciarnos de un modo tan radical. Nos podíamos haber seguido viendo. Pero no fue así. A menudo he pensado en esto y me he arrepentido. No te sabría decir por qué: simplemente, me he arrepentido.

—Esto es que se te está pasando el efecto de la novocaína, bromeó Mauricio.

—No, no, soy sincero. Y para demostrártelo, la semana entrante te llamaré para invitarte a cenar. Tú y yo, mano a mano. Estás pensando que no te llamaré, pero te llamaré, de modo que si no quieres cenar conmigo ya puedes ir buscando una buena excusa.

Fontán cumplió su palabra y Mauricio aceptó la invitación. No deseaba reanudar una amistad que en realidad nunca había existido, pero tampoco podía desairar a quien, como paciente, seguiría viendo con regularidad.

Por otra parte, la perspectiva no le resultaba molesta: como en el colegio no había intimado con Fontán no se sentía obligado a rememorar el pasado, cosa que le desagradaba.

Al acabar la carrera, Mauricio había pasado un año en Alemania, luego dos en Madrid para hacer la espe-

12
cialidad de estomatología. En este lapso se había desconectado de los amigos y compañeros y los que recuperó habían dejado de interesarle. Ahora el aislamiento en que vivía desde su regreso a Barcelona empezaba a resultarle gravoso. En fin de cuentas, pensó, una noche de parranda no me hará ningún mal.

Fontán le había citado a una hora temprana en un restaurante lujoso y caro de la calle Ganduxer.

En el interior del restaurante el *maître* recibió a Mauricio con deferencia y lo acompañó a una mesa donde ya le esperaba Fontán.

Mauricio no salía de su asombro. No le impresionaba aquel despliegue de opulencia, sino el hecho de que lo protagonizara un individuo a quien había visto por última vez de pantalón corto y corriendo detrás de una pelota. Entonces recordó que su antiguo condiscípulo siempre había tenido fama de linajudo y refinado, incluso en sus años de estudiante, cuando era sólo una criatura. Vestía con un atildamiento impropio de su edad y trataba a sus compañeros en una forma desenfadada que algunos tomaban por condescendencia. El padre de Fontán era hombre de fortuna y se dedicaba ostentosamente a lo que en aquella época se llamaba la

dolce vita. Se le atribuían viajes exóticos, y aventuras amorosas con mujeres cuya imagen aparecía en las revistas ilustradas. En cierta ocasión apareció en un diario vespertino una fotografía en la que se le veía en las pistas del Club de Tenis Barcelona junto a Rod Laver, cuyos hombros rodeaba con el brazo en un gesto de camaradería.

Los dos sostenían sendas raquetas y el pie de foto consignaba que don Tomás Fontán, conocido prohombre barcelonés y deportista *amateur*, había disputado un reñido *match* amistoso con el número uno del tenis mundial. En el colegio la foto había corrido de

13
mano en mano, convertida en prueba fehaciente de los

rumores relacionados con el ilustre personaje y sus proezas mundanas. El referente paterno había impuesto a su hijo una pesada responsabilidad. Ahora, al hilo de estos recuerdos, Mauricio se preguntaba si la reputación del mítico señor Fontán había respondido a la realidad o si en realidad el mítico señor Fontán no había sido más que un figurón en una época oscura y en una ciudad mezquina y provinciana.

—¿Tu padre vive todavía?, preguntó.

Fontán sonrió como si hubiera podido ver la famosa fotografía reproducida en el rostro de su antiguo discípulo.

—Sí, claro. Pero ya no juega al tenis. Hizo una pausa y añadió: Desde hace unos años yo me ocupo de los negocios familiares. Por esto me ves rodeado de tanta tontería, haciendo el paripé.

Fontán había estudiado derecho y administración de empresas en ESADE, luego había pasado por Deusto y finalmente había hecho un máster en una universidad americana. De vuelta a Barcelona, descubrió que ninguno de los conocimientos adquiridos le servía para tomar las decisiones más importantes, que seguían siendo, como siempre, fruto de la intuición y del azar. En realidad, aquellos conocimientos sólo le servían para no incurrir en los errores que cometían a diario otros empresarios, menos preparados, por creer ingenuamente en métodos y fórmulas de pacotilla. Gracias a esta actitud, razonablemente escéptica, los negocios habían prosperado sin apresuramiento, pero con regularidad y firmeza desde su incorporación a la empresa. Y lo mejor era que esta forma de enriquecerse apenas le llevaba tiempo ni esfuerzo. Todo consistía en dejar que las cosas siguieran su debido curso, sin tomar ninguna iniciativa. Aparte de 14

eso, poco más podía contar: vivía solo y sin compromiso en un piso grande, era ordenado, no tenía vicios y, siguiendo la tradición familiar, jugaba al tenis.

Esta breve relación, hecha con franqueza y sencillez, sin asomo de cinismo ni de jactancia, agradó y desconcertó a Mauricio. Pese a percibir un buen sueldo, Mauricio todavía no había abandonado sus hábitos juveniles: vivía con independencia, pero no se permitía ningún lujo, no por avaricia, sino porque no se le ocurría en qué malgastar el dinero. Si a fin de mes le sobraba algo, lo dejaba en la cuenta corriente y se olvidaba de que lo tenía. Dedicaba su tiempo libre al estudio y la lectura, carecía de aficiones y vestía con sencillez. Ahora,

en aquel ambiente envarado, en el que se sentía un intruso, se preguntaba si estaba cometiendo una impostura o si estaba abriendo los ojos al mundo que realmente le correspondía y del que hasta aquel momento se creía alejado en virtud de un engaño destinado a su exclusiva tranquilidad. También pensaba en quién pagaría la cuenta de aquel opíparo banquete. Todas estas ideas contrapuestas le impedían disfrutar de los placeres de la buena mesa.

A la perspicacia de Fontán no le pasó por alto su retraimiento.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, sólo que no estoy habituado a frecuentar estos lugares.

—¿Y eso qué tiene que ver? La novedad es un incentivo o lo debería ser. Salvo que haya razones de otro orden, claro.

—No, en absoluto. Es que todavía tengo una mala relación con el dinero.

—¿Y quién no la tiene? El dinero, las mujeres, el más allá..., no pretenderás resolver estos dilemas. Nadie duer-